

Sufrimiento, suicidio y locura: una indagación desde las filosofías de Schopenhauer y Cioran

Suffering, suicide and madness: an inquiry from the philosophies of Schopenhauer and Cioran
Sofrimento, suicídio e loucura: uma investigação a partir das filosofias de Schopenhauer e Cioran

Bianca de Petris Cattaneo  *

Universidad de Chile, Chile

Resumen

El presente artículo se busca destacar la importancia de la reflexión filosófica acerca del suicidio, sobre todo al momento de plantearse como un acto capaz de redimirnos del sufrimiento inherente a la vida. Por esto es que se trata la reflexión sobre el suicidio y su conexión con ciertas ideas de locura desde las filosofías pesimistas de Arthur Schopenhauer y Emil Cioran, en las cuales se sostiene el sufrimiento y el absurdo como partes esenciales de la vida. Así, desde la figura del loco en Schopenhauer se pone de manifiesto cómo el individuo, acosado por un intenso sufrimiento, puede llegar incluso a la fantasía o ilusión, justamente para salvar su vida y no para aniquilarla. El suicida schopenhaueriano en realidad estaría afirmando la voluntad de vivir y, con ello, no lograría librarse verdaderamente de su agonía. Se revela entonces el suicidio como un acto vano que rehuirá aquel que posea verdadero conocimiento sobre la esencia del mundo. De forma similar, en Cioran, será la lucidez, un conocimiento de que la vida implica esencialmente dolor, aquello que lleve a una reflexión más profunda sobre el suicidio, y será el no reflexionar sobre ese dolor aquello que lo acabe tornando insoportable.

Palabras clave: suicidio, locura, voluntad de vivir, lucidez, sufrimiento

Abstract

This article seeks to highlight the importance of philosophical reflection on suicide, especially when considering it as an act capable of redeeming us from the suffering inherent in life. This is why the reflection on suicide and its connection with certain ideas of madness is treated from the pessimistic philosophies of Arthur Schopenhauer and Emil Cioran, in which suffering and the absurd are sustained as essential parts of life. Thus, from the figure of the madman in Schopenhauer it is revealed how the individual, beset by intense suffering, can even reach fantasy or illusion, precisely to save his life and not to annihilate it. The Schopenhauerian suicidal actually would be affirming the will to live and, with this, he would not be able to truly free himself from his agony. Suicide is then revealed as a vain act that will be avoided by those who have true knowledge about the essence of the world. Similarly, in Cioran, it will be lucidity, a knowledge that life essentially involves pain, that which leads to a deeper reflection on suicide, and it will be the not reflecting on that pain that will make it unbearable.

Keywords: suicide, insanity, will to live, lucidity, suffering

Resumo

Este artigo busca evidenciar a importância da reflexão filosófica sobre o suicídio, principalmente ao considerá-lo como um ato capaz de nos redimir do sofrimento inerente à vida. É por isso que a reflexão sobre o suicídio e sua conexão com certas ideias de loucura é tratada a partir das filosofias pesimistas de Arthur Schopenhauer e Emil Cioran, nas quais o sofrimento e o absurdo se sustentam como partes essenciais da vida. Assim, a partir da figura do louco em Schopenhauer se revela como o indivíduo, assolado por intenso sofrimento, pode até chegar à fantasia ou à ilusão, justamente para salvar sua vida e não para aniquilá-la. O suicida Schopenhauer estaria na verdade afirmando a vontade de viver e, com isso, não seria capaz de se libertar verdadeiramente de sua agonía. O suicídio é então revelado como um ato vão que será evitado por aqueles que têm verdadeiro conhecimento sobre a essência do mundo. Da mesma forma, em Cioran, será a lucidez, um conhecimento de que a vida envolve essencialmente a dor, o que leva a uma reflexão mais profunda sobre o suicídio, e não será refletir sobre essa dor o que acaba tornando-a insuportável.

Palavras chave: suicídio, loucura, vontade de viver, lucidez, sofrimento

DOI: 10.5281/zenodo.5204574

*Contacto: bianca.depetris@ug.uchile.cl Actualmente estudiante de Licenciatura en Filosofía en la Universidad de Chile.

“¿Qué forja la filosofía? El coraje de no guardarse ninguna pregunta dentro del corazón.”

Schopenhauer (1999 49)

1. INTRODUCCIÓN

Es un hecho incuestionable que la problemática del suicidio es un tema vigente y sumamente relevante. En el mundo se han llegado a producir más muertes por suicidio que por la suma total de homicidios y guerras en él. Y por cierto la filosofía no se queda atrás al momento de tocar el tema de forma larga y tendida, siendo un tópico común especialmente en obras de filósofos pesimistas. Una pregunta fundamental que toda persona se ha planteado en algún momento de su vida es si la vida vale o no la pena de ser vivida, cuestión que surge precisamente porque la vida acarrea la experiencia de mucho sufrimiento. Ideas como que hubiera sido mejor no haber nacido, o que la vida es en esencia sufrimiento, son la piedra angular de pensamientos como los de Arthur Schopenhauer, el filósofo pesimista por excelencia, o Emil Cioran, filósofo y escritor famoso por abordar en sus aforismos el tormento de la vida, con una dedicación especial al tema del suicidio. La visión de estos dos pensadores acerca del tema se abordará en esta breve investigación, tratando de dar respuesta desde sus posturas a la cuestión de si pensar al respecto de darse muerte a uno mismo implica acaso algún desvarío de la mente, incapacitada de considerar sus ideas con claridad y, por lo mismo, si es que esto debe ser evitado como un acto que precipita a la consumación del suicidio (que se busca en todo momento prevenir); o si, por el contrario, este tipo de reflexión podría ser de utilidad como un modo de clarificar y desarrollar esas ideas y alcanzar así, quizá, el punto de no llegar a concretar el acto.

En la reflexión sobre el suicidio saltan algunas preguntas importantes que tanto Schopenhauer como Cioran se han dedicado a responder a lo largo de sus obras: ¿Vale la pena vivir? ¿Cómo es posible sobrellevar toda la amargura que lleva consigo la vida? ¿Es el suicidio una solución viable para el sufrimiento? Ninguna pregunta con tal alcance en la vida es sensato ignorarla, pues no se hará más que posponer lo inevitable, esto es, que en algún momento, irremediablemente, habrá que darle respuesta a estas interrogantes, y cuando llegue ese momento, según estos filósofos, habrá sido mejor haberlas meditado con el cuidado que ameritan para que sus respuestas no lleguen a guiarse únicamente por la voz de la desesperación.

Desde estas perspectivas se afirma que el valor de la vida suele darse por sentado sin mayor reflexión, razón por la que, en general, cuando alguien en un intenso padecimiento llega a siquiera pensar en el suicidio, cree que hay algo mal en sí mismo, que ha caído en la locura, y lo mismo pensarían los demás.

Por ello se guardan estos pensamientos en lo más profundo como un secreto que algún día molestará demasiado. Suele ser así, como explican estos filósofos, por la influencia en su mayor parte de la religión, sobre todo del Cristianismo, el que con sus ideas ha permeado la mayoría de los pensamientos acerca de cómo valorar la vida y ver el sufrimiento. En efecto, “[...] casi todas las éticas, tanto filosóficas como religiosas, condenan el suicidio, si bien para ello no pueden alegar más que extrañas razones sofisticas” (Schopenhauer 2004 462). Influyeron en particular ideas cristianas tales como que no le pertenece a nadie su propia vida, sino a una divinidad que en su infinita bondad ha creado este mundo para que así, quienes vivan en él, descubran el verdadero propósito de su vida. Entonces, según estas ideas, al suicidarse se arremete contra la inclinación natural dada por Dios al ser humano de conservar y perpetuar la propia vida, por lo que el suicidio constituye un pecado que arriesga la vida eterna en el más allá. Siguiendo esas ideas, el Cristianismo ha optado por ver el acto suicida por solamente dos vías: o bien como pecado y condena eterna, o bien como acto de quien padece trastornos psíquicos graves, en cuyo caso se disminuye la responsabilidad de quien atenta contra la vida que le ha dado Dios. En esta

fe se condena a la mera reflexión acerca del suicidio “en tanto se está imaginando cometer un terrible pecado contra Dios” (Gajardo 104). Y así también condenan el suicidio otras religiones como el Islam, en donde los seres humanos no tienen derecho a perjudicar su vida pues es dada por Dios, recalcando el punto de que sobre su propia vida los seres humanos no tienen libertad alguna y que al atentar contra uno mismo se niega la soberanía divina. Esta idea también se repite en el Judaísmo, en donde el suicidio es una de las más terribles transgresiones, pues “el mundo ha sido creado en beneficio de cada individuo y que por ello aquel que destruye un alma es como si hubiera destruido el mundo entero” (Barriga 32). Y si bien no todas las religiones mundialmente conocidas han prohibido o condenado el suicidio, todas han impuesto fuertes limitaciones a su realización. Por ejemplo, en el Budismo no se condena pecaminosamente al suicidio en el sentido en que no se transgrede ninguna voluntad divina, sino que, en tanto morir es sólo cambiar de estado, se estaría escapando a la nada, por eso el suicidio es visto como una acción inapropiada si se hace con ira, miedo, o con la finalidad de huir de los problemas de la vida (lo que resulta interesante al considerar la amplia influencia que tuvo en Schopenhauer el pensamiento budista). De forma similar, el Hinduismo acepta el derecho a acabar con la propia vida si se realiza por medio de la práctica no violenta de *Prayopavesa* con el fin de agilizar su muerte, “pero *Prayopavesa* está estrictamente limitado a las personas que no tienen ningún deseo o ambición en su vida y que se encuentran ya sin responsabilidades en la misma” (*Id.* 35). En general, las religiones que predicán la resurrección rechazan el suicidio más estrictamente que las religiones orientales que proclaman la reencarnación, aunque el rechazo continúa.

Pero en visiones como la de Schopenhauer o Cioran el mundo no pudo haber sido creado por un ser benévolo y, por lo tanto, la vida no puede constituir el sumo bien (*summum bonum*). Más bien la evidencia vendría a demostrar lo contrario, que haber nacido es el sumo mal (*summum malum*), pues la vida está llena de miserias y sufrimientos injustificados que le sobrepasan, por lo que no puede haber ninguna bondad en el fundamento del mundo. Es más, pareciera ser todo lo opuesto: que cierto Dios imperfecto, negligente, creó este mundo a raíz de un principio maligno abandonando a los seres humanos a su suerte, por lo que el hecho de que algunas personas piensen sobre el suicidio, o incluso lo efectúen, no constituye pecado ni rebeldía contra nadie. En efecto: “Si este mundo emanase de un dios honorable, matarse sería una audacia, una provocación sin nombre. Pero como hay todos los motivos para pensar que se trata de la obra de un infra-dios, no ve uno por qué tendría que preocuparse. ¿Con quién tener miramientos?” (Cioran 2000 71). En consecuencia, tanto el pensamiento sobre el suicidio como el acto mismo solo pueden referirse al individuo y no a una realidad superior. Es así para Cioran y así mismo lo es para Schopenhauer. Para este último, como se verá, el suicidio no atenta contra la realidad última del mundo, fuente de los sufrimientos humanos, sino que atenta solo contra la propia individualidad: quien se quita la vida sólo se hace un mal a sí mismo (no a alguna divinidad) en cuanto sólo en vida es posible aquietar la voluntad de vivir que origina el sufrimiento y, por ende, quien se suicida no soluciona sus tormentos.

2. LA VOLUNTAD DE VIVIR EN EL SUICIDA SCHOPENHAUERIANO

Como se ha venido diciendo, hay mucho que puede aportar la perspectiva filosófica sobre la cuestión del sufrimiento a un individuo que busca sobrellevar sus propios padecimientos. Las reflexiones acerca del sufrimiento como algo inherente a la vida, y tanto su conexión con el suicidio como con la locura en autores como Schopenhauer y Cioran, son un buen ejemplo de esto. Con figuras como el aciago demiurgo (Cioran) y la insaciable voluntad de vivir (Schopenhauer), no solo la vida es un sinsentido desde estas filosofías, sino que es una crueldad que debemos soportar a tal punto que incluso hubiera sido mejor el no haber existido nunca. Schopenhauer y Cioran resultaron profundamente sobrecogidos por la intensa desolación y el brutal desamparo que experimentaron a lo largo de sus vidas, razón por la que, a través de sus obras, el sufrimiento representa el tema central a partir del cual comprender el resto de la experiencia humana, y aquel problema que con mayor apremio es necesario resolver.

Según estas ideas, Schopenhauer rescata la influencia de las religiones tradicionales (como el Cristianismo) sobre el punto de vista que condena tanto al acto mismo como a la mera reflexión acerca del suicidio a la manera de un ejemplo de irracionalidad, de pecado, una ofensa, un obtuso pesimismo, debilidad de una personalidad que se deja sobrepasar por la calamidad, una incomodidad que es preferible evitar. Se le condena como si su solo pensamiento ya implicara un serio peligro mortal, o como si la vida tuviera un obvio valor por sí misma, una razón de ser o finalidad que sólo un demente o corto de miras no alcanzaría a ver y que, por ello, por su demencia, es que llegaría a reflexionar sobre el acto de darse muerte a sí mismo. Dos visiones que Schopenhauer ciertamente reniega en su obra capital, *El mundo como voluntad y representación*:

En ese inefable *horror mortis* se funda también el principio favorito de todas las cabezas vulgares según el cual quien se quita la vida ha de estar loco; mas no en menor medida se debe a él el asombro, unido a una cierta admiración, que siempre suscita esa acción incluso en cabezas pensantes. Porque tal acción se opone a la naturaleza de todo lo viviente hasta el punto que, en cierto sentido, tendríamos que admirar a aquel que es capaz de llevarla a cabo y hasta encontrar una cierta tranquilidad en el hecho de que, en el peor de los casos, queda realmente abierta esa salida, cosa de la que podríamos dudar si la experiencia no la confirmara (Schopenhauer 2005 280).

Ese *horror mortis* u horror a la muerte presupone la idea de que la vida es sagrada y el mayor bien posible, por lo que quien renuncia a ella debe estar loco. Pero para Schopenhauer la vida no es sagrada ni mucho menos el mayor bien, todo lo contrario, por lo que el suicida no es un loco, aunque no por ello deja de estar equivocado, como se verá más adelante. Se habla también de una admiración o asombro que suscita el acto suicida para quien se mantiene en este *horror mortis*. Ciertamente, para quien desconoce la verdadera naturaleza de este mundo, el acto suicida será una acción contraria a la naturaleza. Sin embargo, hay matices a tener en consideración que llevarán a una comprensión diferente de este acto: en realidad, el suicida schopenhaueriano afirma que quiere vivir, en cierto sentido, por lo que actuaría conforme a su naturaleza. Para comprender esto es preciso ver qué es para Schopenhauer esa verdadera naturaleza del mundo.

En Schopenhauer la naturaleza o el mundo es comprendido, en primer lugar, como voluntad de vivir (*Wille zum Leben*), que no es otra cosa que la *cosa en sí* kantiana, esencia y verdadero contenido interno del mundo. La voluntad es un afán único, ciego e incontenible, ante el cual toda la vida está a servicio de su querer, el cual quiere justamente esa vida. Por otro lado, el mundo se presenta a nuestra conciencia como representación, como fenómeno, lo que implica el ser objeto para un sujeto y ver el mundo a través de una conciencia empírica que sólo puede experimentar sus vivencias viendo la relación de unas cosas con otras, desconociendo lo que son en sí mismas. Esto es, sólo puede ver el mundo por medio del principio de razón suficiente, según el cual todo sucede necesariamente de acuerdo con una razón, como por ejemplo en la relación de causa y efecto (una de las formas de este principio). Por medio de este *principium rationis sufficientis*, el entendimiento humano instrumentaliza el mundo de acuerdo con los medios para satisfacer sus deseos, acción que la voluntad de vivir le impone con el único fin de la conservación de su vida individual. Por lo tanto, el entendimiento ignora la verdadera esencia del mundo, ya que conoce únicamente según las categorías del tiempo, espacio y la causalidad, que muestra a los objetos según la individualidad, la multiplicidad, y según cierta relación racional, lo que constituye mera representación y no la forma en que realmente es el mundo: una única voluntad de vivir, ajena a este tipo de determinaciones. Esta naturaleza de la vida, que es una insaciable voluntad de vivir, representa para el ser humano la fuente de todo su sufrimiento: a partir de la experiencia vivida del propio cuerpo descubre que lo más inmediato en sí es esta voluntad irrefrenable e irracional. El ser humano comprende entonces que todos los motivos o razones que dirigen su actuar carecen de un fundamento ulterior racional, pues no hay una verdadera respuesta a por qué quiere, en general, existir: su querer, aquello que lo mueve a ejecutar esas acciones que justamente preservan su vida, es irracional, ciego e inamovible. He aquí por qué Schopenhauer asocia todo querer con el sufrimiento, pues:

Todo querer nace de la necesidad, o sea, de la carencia, es decir, del sufrimiento. La satisfacción pone fin a este; pero frente a un deseo que se satisface quedan al menos diez incumplidos: además, el deseo dura mucho, las exigencias llegan hasta el infinito; la satisfacción es breve y se escatima. [. . .] Por eso, mientras nuestra conciencia esté repleta de nuestra voluntad, mientras estemos entregados al apremio de los deseos con sus continuas esperanzas y temores, mientras seamos sujetos del querer, no habrá para nosotros dicha duradera ni reposo (Schopenhauer 2004 250)

La esencia íntima del mundo es voluntad de vivir, algo que en los seres humanos repercute más dolorosamente que en otros seres de este mundo porque de todas las posibles objetivaciones de la voluntad que se presentan en la naturaleza, el grado máximo de objetivación se da en el ser humano. Esto significa que, el ser humano, además de un conocimiento meramente intuitivo, posee la razón, por lo que es capaz de poseer conceptos abstractos y dirigir su conducta de acuerdo a motivos premeditados y no tan solo estímulos externos como se daría en otras objetivaciones del reino animal, lo que vuelve más complejo el ámbito de sus deseos, y por ello, más sofisticado su sufrimiento.

De estas consideraciones surge la idea de que para calmar el sufrimiento es preciso aquietar la voluntad de vivir, que es su origen. Al aquietar esta voluntad en cierto sentido el ser humano se lograría sobreponer al eterno sufrimiento que supone el mero vivir. Lo único que se acerca a una salida al sufrimiento, según Schopenhauer, es el conocimiento de que Yo y todo en este mundo es voluntad de vivir. El autoconocimiento de que se es voluntad no es capaz de otorgarlo la reflexión racional, sino una intuición interna que se extrapola al resto de seres vivientes, intuición ajena al conocimiento formado por conceptos que está constantemente subsumido en el engaño. El autoconocimiento de los seres humanos como objetivación la voluntad universal les permite a algunos individuos acercarse a una negación de la voluntad de vivir, aunque esta negación nunca pueda alcanzarse totalmente, pues es la esencia de cada uno. Esta negación momentánea de la voluntad puede darse por diversas vías, una de las cuales puede ser la contemplación estética en el arte, que alcanza las ideas platónicas, que en Schopenhauer representan la primera objetivación de la voluntad y, por ello, lo más cercano a la cosa en sí, los grados de objetivación de la voluntad. Otra vía puede ser la compasión, que nos abstrae de la individualidad (y, por ende, del egoísmo) en pos de un otro que se identifica como cómplice en el dolor universal. O también puede darse en el ascetismo, un absoluto cese de todo querer: “[. . .] ese quebrantamiento premeditado de la voluntad por medio de la renuncia a lo agradable y la búsqueda de lo desagradable, la vida de penitencia elegida por sí misma con vistas a una incesante mortificación de la voluntad” (Schopenhauer 2004 454). Así, en todas estas vías la filosofía es uno de los elementos que posibilita el autoconocimiento de los seres humanos como voluntad de vivir, y por ello, la posibilidad de negar la voluntad de vivir: “Ella misma [la voluntad de vivir] no puede ser suprimida por nada más que el conocimiento. De ahí que el único camino de la salvación sea que la voluntad se manifieste sin obstáculos para que pueda conocer su propio ser en esa manifestación.” (*Id.* 463).

Sin embargo, el suicidio no se postula en esta filosofía como una acción efectiva en contra del sufrimiento, al contrario: el suicida afirma la voluntad de vivir, pues “[...] la esencia de la negación no consiste en aborrecer los sufrimientos sino los placeres de la vida. El suicida quiere la vida, simplemente está insatisfecho con las condiciones en que se le presenta.” (Schopenhauer. 2004 461). Por ello es que tal acción pudiera resultar admirable a cabezas pensantes, *pero sólo en cierto sentido*, el sentido según el cual *parece* ir en contra de la voluntad de vivir. Pero el suicida no niega la voluntad, sino que tan solo niega su propia individualidad, su mero fenómeno, su cuerpo, el que no es más que una objetivación de esta voluntad metafísica que seguirá intacta tras la muerte del individuo. Quien finalmente se suicida, dice Schopenhauer, no llega a comprender que su acto le es inútil, pues la única posibilidad auténtica de redención del sufrimiento se da en el mundo, en la vida. El suicida sufre pues no puede satisfacer a su voluntad como quisiera, está privado de las circunstancias que le permitirían vivir en plenitud. No es más que otro siervo al servicio de la voluntad de vivir a pesar de que se vuelque al final contra su propia naturaleza: de nada sirve ir en contra de ella si no se comprende su verdadera esencia, si se le alaba y necesita en el fondo, pues se niega a vivir una vida en la que no pueda justamente afirmar a la voluntad.

El suicida schopenhaueriano no puede cesar de querer, por lo que cesa de vivir esa vida biológica que le impide satisfacer su deseo. El acto suicida es, por lo mismo, algo muy contrario a un acto libre, pues realmente libre es quien niega la voluntad de vivir, ya que sólo se puede ser libre de esa voluntad. Pero el suicida ignora el hecho de que en realidad no se sufre por el hecho de no poder vivir tranquilamente, sino porque el vivir en sí mismo jamás involucra tranquilidad alguna. El suicida schopenhaueriano es ignorante respecto al hecho de que la esencia de su sufrimiento no radica en aquello que se le presenta como un obstáculo para una vida feliz, sino en su íntimo querer que la vida sea feliz, esto es, que se satisfagan continuamente las necesidades impuestas por la voluntad de vivir, sin percatarse de que tal cosa no es posible más que ilusoria y momentáneamente. Su acto acaba siendo en vano por una ignorancia o incomprensión respecto a la verdadera naturaleza de este mundo, y no estrictamente por un delirio o locura. Se logra entrever aquí la idea de que para Schopenhauer no hay relación necesaria entre el suicidio y la locura.

En Schopenhauer, una persona que ha caído en el estado de la locura implica que ha desligado esa unión natural entre el entendimiento y la voluntad. El loco es aquel que, producto de algún evento traumático, no es capaz de conectar su pasado con su presente porque su voluntad de resistir a aceptar determinados recuerdos demasiado dolorosos que puedan atentar contra su vida. Entonces su intelecto, para agradar a la voluntad y salvar la vida, los borra de la memoria y las lagunas que quedan se rellenan arbitrariamente de ilusiones, quimeras, falsas fantasías que se creen verdaderas (proceso que, por cierto, según el propio Schopenhauer no es irremediable: el loco puede salir de su locura recordando sus memorias perdidas). Con esto también resalta el hecho de que hay una afinidad en Schopenhauer entre la figura del loco y la figura del genio que es preciso abordar para comprender mejor la locura desde esta filosofía. Esa afinidad se encuentra en aquella separación del intelecto con la voluntad que ambos comparten:

Así pues, el hombre meramente práctico utiliza su intelecto para aquello a lo que la naturaleza lo destinó, a saber: para captar las relaciones de las cosas, por una parte entre sí y por otra con la voluntad del individuo cognoscente. El genio, en cambio, lo usa, en contra de su destino, para captar la esencia objetiva de las cosas (Schopenhauer 2005 36)

El genio se encuentra en malestar con su propio presente, con su vida práctica, así como sucede con el loco. El genio es justamente aquel que consigue el conocimiento puro u objetivo de la realidad, o sea que consigue el olvido de su propia persona y las relaciones causales entre los objetos en el mundo y en el tiempo, viéndolos tal y como son. Todo sufrimiento proviene del querer, pero el genio no quiere ante todo, y por eso es que conoce objetivamente el mundo y por lo que se libra del sufrimiento cuando asimila las Ideas en el estado de contemplación estética. En su "fantasía" logra escapar de la representación, abandona la lógica de las relaciones causales gracias al conocimiento puro de su intuición, y en ese sentido también es similar al loco en tanto ambos se abstraen de las razones suficientes. Así, "[...] los locos conocen correctamente el caso individual presente y también algunos pasados, pero desconocen la conexión, las relaciones, y por eso yerran y desvarían; y este es justamente su punto de contacto con el individuo genial [...]" (Schopenhauer 2004 248). Pero el loco no puede negar la voluntad de vivir, no es capaz de llegar a tener un conocimiento objetivo del mundo y negar en ello su querer insaciable, como el genio. El loco es tal que, inconscientemente y con el fin de salvar la vida, borra de sí parte de la realidad que le resulta demasiado dolorosa, o sea que su intelecto siempre está al servicio de la voluntad de vivir. Sabiendo esto se puede afirmar que tanto el loco como el suicida carecen de una conciencia mejor que les permita de forma eficaz emancipar su sufrimiento mediante un como si se negara de la voluntad de vivir, por lo que uno olvida y el otro atenta contra su cuerpo, sin conseguir la redención de su sufrimiento mediante el relajamiento de la voluntad, sino sólo negando su fenómeno.

A raíz de lo mencionado y con fines sintéticos se podrían hacer las siguientes comparaciones: primeramente, que el suicida schopenhaueriano afirma la voluntad de vivir en cuando niega su vida particular por las condiciones en que se le presenta (llena de obstáculos para saciar

esa voluntad), aunque esa afirmación termine costándole el sacrificio de su vida biológica. En comparación, el loco también afirma la voluntad de vivir bajo cierta noción de sacrificio: puesto que con ciertas memorias del todo dolorosas le sería insoportable seguir viviendo, entonces las olvida con el fin de agradar a su voluntad de vivir. Por otra parte, el loco, así como el genio, significa una separación del intelecto con su voluntad, lo que los llevaría a estados similares, ya que el genio “a cada ocasión se libra del servicio al que está destinado, para perseguir sus propios fines, con lo que a menudo abandona a destiempo la voluntad; con ello, el individuo así dotado se hace más o menos inservible para la vida, hasta el punto de que a veces su conducta recuerda la locura” (Schopenhauer 2005 436). Aunque para el loco esta separación significa una afirmación de la voluntad de vivir, y para el genio una negación de ésta. El genio es un sujeto puro de conocimiento, o sea relaja o se acerca a una negación de la voluntad de vivir (aunque, se debe recordar, lo hace momentáneamente): está liberado de la conciencia empírica que todo lo ve con interés y cálculo a miras de una utilidad personal que preserve su vida. Aquí se encuentra la diferencia con la figura del suicida y la del loco, cuyo conocimiento está al servicio del impulso ciego de la voluntad sin siquiera que éstos lo sepan. Entonces puede decirse que la locura vendría a ser un estado que se produce justamente para salvar del suicidio al sujeto que estaría de otro modo plenamente consciente de todos los recuerdos dolorosos que le hacen considerar justamente su muerte. De aquí entonces puede decirse más ampliamente sobre la relación en Schopenhauer entre la locura y el suicidio que el estado de locura no es aquel que lleva al suicidio, sino aquel que lo previene, por quitarle al sujeto la conciencia de un sufrimiento que le haría insoportable vivir.

Luego de todo lo dicho se comprende por qué para Schopenhauer es importante pensar acerca del suicidio. Toda esta reflexión acerca de la vida, su sufrimiento y el acto suicida acabaría nutriendo de conocimiento a quien lo tome en consideración, dándole a saber que sólo en esta vida es posible una redención al sufrimiento, es decir, una negación de la insaciable voluntad de vivir.

3. PENSAR LA PROPIA MUERTE PARA VIVIR EN CIORAN

Ya se ha visto entonces cómo una reflexión seria sobre el suicidio revelará finalmente, según Schopenhauer, que es un acto vano, y entonces una persona con este conocimiento no llegará a la convicción de que el suicidio es una correcta forma de acabar con su sufrimiento (si bien acaba con su individualidad, su sufrimiento es universal y el mismo en todos los seres de la naturaleza). De forma similar, en Cioran es desde la lucidez que contempla la real posibilidad de atentar contra la propia vida para, finalmente, no llegar a hacerlo, como se desarrollará a continuación.

La lucidez sería ese estado primordial de desencantamiento del mundo en el que se sabe que la vida es en realidad un error. En el estado de lucidez, el ser humano logra entrever el mundo tal y como es, o sea, logra ver la nada que subyace tras cada cosa, y toda la desesperación que ello implica, concibiendo a su vez que de ello no hay salvación posible. La lucidez es un desengaño de aquellas visiones de mundo que pretenden darle a este un sentido: nada en la vida tiene sentido, y el propio yo se pierde también en esa vacuidad resultando en una nada consciente de sí, quedando, por ende, separado del mundo y de los demás para siempre.

Este estado lúcido involucra cierto escepticismo: nadie es capaz de comprobar absolutamente la verdad de los supuestos fundamentales que tiene de la vida. Y respecto a eso es que se da, en contraposición a este estado de lucidez, una vida ficticia, y en su extremadura, una vida delirante: loco es quien ignora la nada esencial al mundo y continúa a toda costa sosteniendo esos supuestos:

Creador de valores, el hombre es el ser delirante por excelencia; presa de la creencia de que algo existe, mientras que le basta retener su aliento: todo se detiene; suspender sus emociones: nada se estremece ya; suprimir sus caprichos: todo se hace opaco. La

realidad es una creación de nuestros excesos, de nuestras desmesuras y de nuestros desarreglos (Cioran 2014 12)

Se dice que el ser humano es normalmente un ser ficticio, delirante, loco, pues crea valores y otorga sentido a un mundo que no lo tiene, y por ello también es una criatura imaginativa en tanto constantemente está creando ficciones acerca del mundo: “Por lo tanto, vivimos en contra de la evidencia de la irrealidad, y para poder hacerlo, debemos seguir, mediante nuestros delirios, estableciendo las columnas imaginarias de lo que llamamos mundo” (Lleras 21). Para Cioran el ser humano es un ser enfermo de ficción, de locura, de un exceso de imaginación que le lleva a creer en quimeras e ilusiones.

Aquella persona que constantemente evade la nada, niega la vacuidad de sentido que le rodea y vive de apariencias, al momento de tener que enfrentarse a una desgarradora pérdida de su fe y de sus convicciones más profundas por algún accidente del destino, se precipitará al abismo del suicidio más fácilmente que una persona en estado de lucidez, preparada para la desilusión del mundo. Vive en el engaño quien teme al vacío y no es capaz de aceptar o comprender que este mundo no tiene una razón de ser conforme a un perfecto y bondadoso plan divino. Todo carece de valor y la vida no tiene ningún sentido, por eso el suicidio no constituye un pecado, una ofensa ni una debilidad, sino justamente es la principal ventaja del ser humano frente a un mundo que le es hostil:

Se mata uno, no dejan de repetir, por debilidad, para no tener que afrontar el dolor o la vergüenza. Tan solo no se ve que son los débiles precisamente los que, lejos de intentar escapar, se acomodan a ello por el contrario y que se precisa vigor para arrancarse de todo de una manera decisiva (Cioran 2000 64-65).

Quien reflexiona sobre el suicidio es más sincero consigo mismo que aquel que prefiere cegarse ante una parte evidente de la realidad por no afrontar aquello que le hace sufrir. La evidencia recurrente que Cioran obtiene del mundo es que los seres humanos están abandonados a su suerte por el aciago demiurgo que ha creado este mundo a base de un principio maligno, por lo que el suicidio no sería repudiable moralmente como contrario a una voluntad divina. La vida humana no es un don que deba resguardarse por ser creación de una deidad sumamente buena, sino que es un error que estamos condenados a soportar. La vida está inundada de un irremediable sufrimiento e injusticia desde su origen y a conciencia de esto es que las personas se plantean el suicidio. Una vez que se contempla esta posibilidad como una opción real que se tiene a la mano y ante la cual siempre se podrá recurrir cuando lo desee o necesite, es que se hace soportable la vida, pues dentro de todo el sufrimiento que ella acarrea se posee la libertad de morir cuando se llegue a la certeza de que ya ha sido suficiente. En palabras de Cioran: “Vivo únicamente porque puedo morir cuando quiera: sin la idea del suicidio, hace tiempo que me hubiera matado” (Cioran 1997 71). El individuo consciente de su poder y de su libertad pospone el acto mismo cada vez en una nueva reflexión, elige conscientemente la vida de la cual puede salir cuando lo desee, en lugar de simplemente estar aprisionado en un infierno del cual no tiene escapatoria, en cuyo caso ahí sí definitivamente la vida sería insoportable, pues estaríamos condenados a vivir en el infierno sin la posibilidad de escapar. Para Cioran, aquellos que sufren de insomnio (como él mismo lo hacía) son los más experimentados en la reflexión sobre la muerte; desde su propia experiencia, sin la escritura de estas reflexiones hace mucho que hubiera sucumbido ante el suicidio. Le da Cioran a la escritura un carácter aquietador del sufrimiento, similar a como se daba en Schopenhauer un relajamiento de la voluntad con las artes (siendo una de ellas la literatura), y siendo similar también la lucidez con la conciencia mejor schopenhaueriana, y la locura con la representación: se nota de esto una influencia de Schopenhauer en Cioran.

La importancia que Cioran da a la reflexión sobre el suicidio es crucial, sin por ello querer significar una apología al suicidio o algo similar. Precisamente se defiende la reflexión filosófica del tema como una posible vía para evitar su consumación, a lo que se añade la idea de que uno siempre acaba matándose demasiado tarde, es decir, que ya se ha sufrido y el suicidio no representa una forma de evitarlo:

Sin el suicidio la vida sería, en mi opinión, verdaderamente insoportable. No necesitamos matarnos. Necesitamos saber que podemos matarnos. Esa idea es exaltante. Te permite soportarlo todo. Es una de las ventajas que se le han brindado al hombre. No es complicado. Yo no abogo por el suicidio, sino sólo por la utilidad de su idea (Cioran 2011 74).

El infierno es tal justamente porque acarrea una eternidad de dolor sin escapatoria, en ello se diferencia de la vida, en la vida uno se puede suicidar, y por ello puede llegar a sobreponerse e incluso experimentar goce, pues, si bien está arrojado a un mundo carente de sentido, es libre, y en tanto se le añade el carácter de la libertad, la vida no es un infierno.

Aquellos que producto de la lucidez han perdido hace mucho tiempo ya la fe, el sentido y la pasión por la vida no podrán ser sorprendidos ni avasallados por la desgracia: sabe una mente lúcida que el sufrimiento es inherente a la vida y ya lo habrá previsto. En la lucidez se sufre con menos angustia que en el engaño, ya que se está blindado contra lo inesperado, ningún sufrimiento es inesperado. La lucidez mata solamente cuando llega repentinamente a quien aún no la ha aceptado y cae por ello en la desesperación: “Nadie se mata, como se piensa comúnmente, en un acceso de demencia, sino más bien en un acceso de insoportable lucidez, [...] una clarividencia excesiva, llevada hasta su límite y de la que quisiera uno desembarazarse a cualquier precio” (Cioran 2000 66).

Ahora bien, se podrían mencionar estudios empíricos acerca de prevención del suicidio¹ en los que se incluye como factor de riesgo la ideación suicida previa, y con ello acusar a Cioran de decir algo falso. Por lo mismo es necesario precisar lo que dice Cioran respecto a esto: la ideación suicida implica tanto pensar acerca de suicidarse como planificar el suicidio, sin embargo la reflexión que propone Cioran no es un simple pensar en querer suicidarse, mucho menos una planificación, sino que propone una reflexión filosófica acerca de una comprensión general sobre la vida, el sufrimiento y las posibilidades que ella conlleva, reflexión que implica un paso más allá al respecto de solamente pensar en suicidarse y como la que se ha estado desarrollando hasta ahora. Por ejemplo, que la vida no es un infierno, pues al menos conlleva la libertad de decidir sobre la propia muerte, o que al comprender al sufrimiento como algo inherente a la vida se podría estar más preparado para su advenimiento, o inclusive la mera reflexión de todos estos puntos ya implica posponer el acto en pos de la misma reflexión, un proceso que Cioran invita sobre todo a desarrollarse mediante la literatura. Muchas veces la ideación suicida conlleva ideas y conclusiones a las que se atiene la persona por desesperación, que posteriormente, en medio de una reflexión más clamada, detenida, es posible descartar a favor de seguir viviendo. Por otra parte, respecto a la demencia, ciertamente el padecer ciertas patologías psicológicas puede ser un factor determinante que lleve a una persona al suicidio. Sin embargo, Cioran no está hablando en términos psiquiátricos, ni psicológicos, sino filosóficos: no está entendiendo la locura como una patología mental, sino como un estado que inclusive se considera como común o de sanidad mental, que es el dar sentido a la vida y vivir bajo ciertas convicciones y premisas que se cree que son verdad. Asimismo, la lucidez de la que habla Cioran podría interpretarse en ciertos contextos como pesimismo y en otros como depresión, o sea, un estado mental no equilibrado, no lúcido propiamente tal según el común entendimiento del término.

Tras esta breve precisión podrá ser mejor comprendido el mensaje de Cioran cuando afirma la vida como un terreno baldío de esperanzas, no con la intención de por ello incitar al suicidio, sino de comunicar una irremediable verdad: que el sufrimiento es una parte esencial de la vida y que aun así es posible seguir viviendo (ciertamente, Cioran nunca se suicidó). Cioran elige vivir un día más justamente porque es capaz de elegir, porque sabe que cuando llegue el día en que sus límites se vean completamente sobrepasados podrá disponer de su vida y detener la agonía sin que ello conlleve ninguna consecuencia en el más allá: “El futuro sólo se vuelve temible en cuanto uno no está seguro de poder matarse en el momento deseado” (Cioran 2003 74).

¹Estudios del Centro para el control y prevención de enfermedades (2021). Léase en: <https://www.cdc.gov/suicide/factors/index.html>

He aquí un gran aporte de este pensador: a saber, que una vida que no se cierre a la reflexión de temas tan importantes y fundamentales (como lo es suicidio, que podría considerarse un tema tabú), una vida que cuestione la vida y también la muerte, esa vida ha de saberse dueña de sí misma, sabiendo a cada paso que sigue viviendo por una genuina elección (y no, por ejemplo, por miedo al castigo eterno) y así sabrá también soportar el sufrimiento de una existencia que se le revele como abandonada por la divinidad. La defensa y legitimación de Cioran por el pensamiento sobre el suicidio llega desde el interior de alguien que se ha debatido cada día de su vida si vale la pena seguir viviendo y que por ello puede afirmar que ha decidido vivir cada día de su vida en plena libertad. Este es también un punto central en el aporte de Schopenhauer sobre el suicidio: el suicida quiere vivir, no en las condiciones en las que la vida se le presenta, pero quiere vivir, y para darse cuenta de ello es fundamental la reflexión sobre la propia muerte, la propia vida y las causas del propio sufrimiento. No debe condenarse ni prohibirse el pensamiento sobre el suicidio, ni debe ocultarse bajo la alfombra como algo vergonzoso o delirante, pues justamente es la ventaja más grande que tiene el ser humano frente a la indiferencia cruel de un mundo que le sobrepasa.

Se puede considerar al suicidio como un acto de plena libertad (como sucede desde Cioran), o como lo más contrario a un acto libre (como sucede desde Schopenhauer). Se pueden dar diversas interpretaciones inclusive viendo la vida de forma similar, esto es, pesimista. Pero sea cual sea la conclusión a la que llegue la reflexión, de todas formas en los pensamientos que se han revisado se aboga por seguir viviendo (algo que, por cierto, no se da en toda reflexión filosófica acerca del suicidio, como sucede, por ejemplo, en el pensamiento de Philipp Mainländer, algo que más allá de condenar el debate, lo enriquece). La duda sobre si la vida merece o no la pena de ser vivida es un asunto personal que cada quien debe decidir a conciencia, de lo contrario permanece en el fondo del espíritu sin ser meditado con detención, sin encontrar su propia respuesta. Lo que se ha intentado rescatar con estas palabras es el importante aporte que pueden ofrecer los pensamientos de Cioran o Schopenhauer sobre la temática del suicidio, tan ligada a la temática de la locura y de una vida entendida fundamentalmente como un valle de lágrimas: finalmente, aceptar que el sufrimiento existe y que es parte fundamental de nuestras vidas es el primer paso para una vida más tranquila, sana, más preparada y más auténtica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barriga Soto, María Teresa del Carmen. “El suicidio y la iglesia católica: La verdad de la Misericordia de Dios en la praxis de la Iglesia y la Salvación en la Fe.” Tesis Pontificia Universidad Javeriana, 2012.
- *Centro para el control y prevención de enfermedades*. “Prevención del suicidio: factores de riesgo y protección”. 2021, <https://www.cdc.gov/suicide/factors/index.html>.
- Cioran, Emil. *Breviario de Podredumbre*. Madrid: Taurus, 2014
- —. *Conversaciones*. Barcelona: Tusquets, 2011.
- —. *Del inconveniente de haber nacido*. Madrid: Taurus, 2003.
- —. *El aciago demiurgo*. Madrid: Taurus, 2000.
- —. *Silogismos de la amargura*. Barcelona: Tusquets, 1997.
- Gajardo Jaña, P. “La supresión de sí como actitud nihilista en Mainländer y Cioran”. Tesis Universidad de Chile, 2018.
- Lleras, Giraldo, Germán. “La locura y su lugar en el mundo desde la perspectiva de Emil Cioran y Cornelius Castoriadis”. Tesis Universidad de Cartagena, 2013.
- Schopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación, vol. I*. Madrid: Trotta, 2004.
- —. *El mundo como voluntad y representación, vol. II*. Madrid: Trotta, 2005.
- —. *Escritos inéditos de juventud 1808 -1818, sentencias y aforismos II*. España: Pre-Textos, 1999.